

Hora Temprana

Leopoldo González




Naveluz



Colección Mandrágora

Naveluz

Benjamín Barajas, *director de la colección*
Edgar Mena, *edición y dirección de arte*

Secretaría General, Departamento de Comunicación, Proyectos
Editoriales, Departamento de impresiones de CCH Naucalpan.
Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP. 53400

Hora
Temprana
Leopoldo González



Primera edición, septiembre de 2017.

DR (2017), UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
C.P. 045010, México, Distrito Federal.

ISBN: 978-607-02-9628-4

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”

Impreso y hecho en México

Hora
Temprana
Leopoldo González



Para Rosy,
en la orilla solar de otro silencio.

Toda la mar en una ola
es escritura de agua,
lenta lujuria amotinada
que un rayo tornasola

Los peces en el agua, los hombres en el aire, y cada criatura se aloja en el elemento apropiado a su naturaleza. Cuando las ondinas, seres acuáticos, nos ven vivir en el aire, se asombran y admiran, como nosotros lo hacemos al verlas en el agua. Y así como nosotros penetramos el aire sin dificultad, los gnomos lo hacen con las rocas, y pasan a través de ellas sin problema alguno. Esto sucede por la siguiente razón, a saber, porque así como nuestro caos es el aire, el suyo es la roca y la piedra.

Teofrasto Paracelso

Tratado de las Ninfas, Sirenas, Pigmeos y otros seres

Adiós a la ciudad



Autorretrato

*Yo nací de repente, no recuerdo
si era sol, o era lluvia o era jueves.*

Blas de Otero

I

CRECÍ SOLO, BAJO EL SOL DE LOS DÍAS,
en una playa solitaria del mundo.

En una esquina del viento había hambre.
En la otra, colores suficientes para vivir.

La costa del olvido era un otoño viejo.
Lento juego de luces en la proa de un barco.

La luz en el océano era un gran nudo azul.
Caracolas viajaban al centro de la tarde.

Las huellas en la playa quizás eran señales,
o tal vez no, de un ave soñadora y descalza.

El tiempo de mar en la arena es de ida,
como el oleaje de los frágiles sueños.

La noche del mundo es un abrazo a mansalva,
un apretón de oscuridad que ciñe el cuerpo.

El límite probable del dolor es otro sol,
la sombra que la luz proyecta sobre el alba.

II

Hoy la playa de ayer se ha recorrido,
lejos del nudo que forjó mi última amarra.

El mar anda equivocándose de horario,
tal vez indica otro orden a la Vía Láctea.

Las nubes son aún aforismo del viento,
espuma viajera en las palmas del espacio.

En las mareas altas aún navega, cara al sol,
la hiel rota del niño de la playa solitaria.

Nadie lo vio naufragar de oscura tristeza,
en la propela gris de los desesperados sin rostro.

Nace el sol marino que va al atardecer.
Bajan las horas hacia su realidad descalza.

En esta soledad del viento sin orillas
los hilos del silencio son la tierra firme.

La palabra posible de un éter solar,
es la efímera voz de los labios del aire.

III

En el lenguaje oscurecido de esta hora
la luz misma es ya remolino

Donde hinca su floración en llamas el Poniente
aguas tornaluna mastican los frutos de la tarde.

La piel sonámbula del río de la infancia
abre su oscuro dolor frente a la roca, y calla.

No volveremos nunca al mismo camino
por mucho mar y tiempo que haya aquí.

Toda la savia de la vida en cada instante
es viaje sin retorno y va al mañana.

Aún conduzco gaviotas en la mirada,
blancas aspas de adiós
del oficio de ser sombra liviana.



Ciudad de cuatro vientos

LA CIUDAD COMIENZA EN LA PUNTA DEL ESTERO,
donde el viento se corta
y en olanes de sombra yace la casa del hombre
bajo los polvos turbios del concreto.

La ciudad tiene nombre
desde luego.
Un sitio preciso para deslavar nostalgias
y otros asuntos relacionados con la historia;
una estructura y fortificaciones de piedra
para resistir el embate de los elementos;
dos o tres muros en que el pasado se detuvo
y losetas de cantera, torres, palacios,

donde el viento gira para dar vuelta;
unos libros antiguos que
preservan escrita el alba del comienzo
y recrean para todos
lo que costó edificar en la memoria
la geometría y símbolos de un rumor de ciudad
en las mamposterías del sol y el viento.

Pero es una gran pena
que la ciudad no sea un largo suspiro marino
con golpes de mar tocando a nuestra puerta
y barcos de sol en ruta hacia donde no llegan.



Ciudad bajo la niebla

BAJO EL SILENCIO DE ORO,
recostado en los ojos del poniente
hundo un poco mi ser,
la solidez de estar vivo
en el músculo quieto de la ciudad.

Algo va a suceder
de un momento a otro.
Tal vez la floración de los instintos
o la lógica del rayo
hallen a la ciudad sitiada
en la cresta del grito por sus cuatro costados.

Siempre sucede lo inesperado
en círculos de fuego,
con verbos que no duermen
las afiladas cóleras y humores del día.

¡Ay, la ciudad!
Tal vez no haya un lugar seguro
más allá de los ojos
dónde esconder el miedo,
encapsular la angustia
y huir de todo esto:
el frenesí de tantos proyectiles
en busca del otro en el espejo.

La ciudad no puede cambiar su nombre,
ni extirpar su aire o geografía
sólo por la firma de un decreto.

Bajo el riesgo de cada instante somos
el hilo más delgado del ADN de cualquier bestia.

Es necesario que se construyan más puentes
colgantes, y salidas hacia el mar
con esquifes de adiós y ojos de ausencia,
antes de caminar al cielo.



Adiós a la ciudad

ES OCIOSO E INFECUNDO
abrir aldeas en territorio descampado,
desmontar protuberancias y raíces vegetales
para ensanchar la casa del hombre.

Ya no es recomendable ni eficaz
robarle centímetros o metros
a las plantaciones agrícolas,
a la nube o al humus forestal,
porque un día seremos
lengua de resequedad.

Ya no tiene sentido
andar de un lado a otro con la mecánica de suelos
y los instrumentos de la topografía,
buscando el reliz de la pradera
o las coordenadas del sol,
para ajetrearse en inocuas fundaciones
que hinquen la seña del porvenir.

Las ciudades
tal como fueron construidas,
son atentados contra los servicios del sol,
distorsión vertical de polvos revolcados,
hermenéutica gris de heridas contra el viento,
plataformas que urden la finitud del agua
y preparan el llanto amargo
de lo que un día será el final.

En un día, o en un mes,
o en un par de años no lejano,
la casa del hombre y la ciudad humana
buscarán salidas hacia el mar.



Así vivimos

CON TANTOS SUCESOS AQUÍ
juntos todos al ras del hombre
se hizo insoportable tanta ruina
tanta destrucción que surca el aire

Parió la peste de la muerte muchos hijos
le nacieron vientres de sal a la tragedia
sólo por unas balas que cobijó la noche
bajo el silencio ruin y cómplice de tantos

En pócimas sabor amargo
entre aire caliente y un poco de sudor
el negror de los días no es fuego que claudique
aquí el llanto del polvo es guarida de muerte

El mismo sol de todos
el que aprieta los frutos y entibia las palabras
es más caliente aún en el abrazo del polvo
más quemante que nunca en las navajas del trópico

Vino la tempestad
un drama largo y triste con uñas afiladas
entró en la voz la sangre la memoria del otro
vino y fue grito mudo en el semblante pálido del alba

Esto no puede durar
no puede ser que aniden en el aire
como suspiro de lágrima en la hiel
los despojos de tantas primaveras

Mañana se vestirá de fiesta
mañana será cosa de ayer haber vivido
aunque la oscuridad nos sigue muy de cerca
una luz tenue basta para encender el trigo



Así morimos

MORIMOS PORQUE SÍ,
porque al fin
tras la senda conclusa del último oxígeno
la muerte es la única salida de la vida.

No hay otro cuerpo ni otra hora
para empacar el hechizo del mundo
y salir corriendo de uno mismo.

Morimos tan de pronto,
tan repentinamente,
que un día —sin consultarnos—
alguien transforma nuestro rostro

en cosa parecida a lo que fuimos,
en llanto capital de la memoria,
en una vertical señal de humo,
en efímero aliento de redes sociales,
en esquila oficial al gusto del periódico,
en silencio ignorado de unos libros,
en esto o en aquello
o en sonido de viento a la deriva,
mientras alguien prepara nuestros pasos
—en redobles de adiós o soledad amarga—
para el juicio final de los iguales
en la desconsolada luz que aún permanece.

Nada es ya lo que fue
en horas despobladas de uno mismo.
El tiempo es la estación más cruel:
llama sin fin de lo que vive y pasa.

Al término de todo,
cuando la vida no nos pertenece
y en nada le pertenecemos,
morimos hacia adentro
y el epitafio nos libra de la muerte póstuma:
aquí yace alguien que niega
cualquier relación de parentesco con el mundo.

Litoral de sueños

*La sed del mar es una sed sin fin:
se muere y nunca acaba de morir.*

Octavio Paz



Condición de mar

NECESITAMOS QUE SE CONSTRUYAN
grandes ciudades flotantes
en el espejo del mar.

Superar la era del concreto
y dejar atrás esas fortificaciones
de hierro, arena y cal
—con todo y su sistema hidráulico—
para instaurar en el oleaje
o mar adentro,
comunidades solares
en la respiración del viento.

Tendríamos que cambiar
usos y costumbres de la ciudad humana,
para establecer la levedad
de los seres y las cosas de mar.

Erradicar para siempre
los hilos invisibles de una memoria
cifrada en el ritual de la costumbre,
la rutinaria consagración de lo hecho,
la arruga milenaria de la domesticidad,
las tortuosas inflamaciones del ego,
y la pesantez ya gris
de la ciencia y tecnología de materiales,
para encender la vida
otra vez
en las bahías del sueño,
sobre la nada de un recomienzo
en la palingenesia del agua.

En esa cofradía de asuntos sin horario
ni comportamientos bajo pedido,
podríamos refundar la dicha,
quitarle máscaras al corazón,
tenderle una celada al tedio,
arrodillar la sombra o confinarla a su escondite
para que el mundo sea un todo iluminado.



Luz sobre luz

YO NO SÉ
qué conduce la luz
en sus adentros;
qué es lo que contiene
su ingrávida transparencia;
qué fuerza oculta
o qué entraña de silencios
la adhiere a su elemento.
No lo sé.

No sé donde la oculta raíz,
el silencio primordial,
el relente de magia,

el misterio escondido
o el ígneo litoral de su nacimiento.

Pero una cosa es cierta:
la luz no sería lo que es
si no pudiera encender
la oscuridad que agita su centro.



Acuarelas

I

ES INMENSO ESTE CIELO
suspendido en los ojos de la tarde.

II

Dicen las aguas
todo sobre nuestra especie.

III

Hasta el saber ahonda
su sed de certidumbre
frente al océano.



Algoritmo con mar

UN ALGORITMO

es un largo silencio de neuronas,
caballitos de mar en el Poniente
y peces vela en la cresta de una ola.

Necesitamos más algoritmos
en la frente del otro:
en el pasmo del solitario
que escucha de pie a Mozart
sin edulcorantes ni café instantáneo;
en el hombre-niño del tranvía
que hoy a tientas bajó a su pasado.
En todos los vientres de la tierra y la mar

algoritmos del abismo del ser,
picaduras con agujas de sal
y una porción de adrenalina en la hiel,
para que no enmudezcan los verbos
bajo el canto primordial de la sed.



Mulata

BAJO EL ARDIENTE SOL DEL TRÓPICO
era una manzana de fuego:
ebria de un toque carmesí,
con propiedades al tacto y a la carta
para arruinar toda especulación
sobre la luz vertical de sus adentros,
ardía
bajo una jungla de miradas
milímetro a milímetro en la piel
en todos los costados de su alma.



Mar abierto

Es CASI UN CONTINENTE LA MIRADA
en la retina de marzo
si el mar subyuga en viernes
lo que tiembla en la primavera del ojo.

Es joven la antigüedad del mar
en la química que une cuerpos,
en la puesta de sol de un beso
robado a la carne amada.

En su viaje de ida la tarde organiza
un camastro de estambre
y el fiat de los deseos
para el ensueño que no ha vivido nadie.

Ay, noche!, no comiences sin mi
la frugal inclinación de tu cintura de fuego,
el rezongo de espuma de tus mareas,
el trepidante galopar de tus follajes.

El mar sin alas es perfecto

El mar: única monotonía que no cansa.

Luis Ignacio Helguera



Ciudad vertical

LO QUE LLAMAMOS CIUDAD,
cuerpo de aire soleado
en la respiración de la cantera,
víscera enorme de los desamparados
en estupor de oscuridad
o hiel de la memoria,
cada día lanza sus naves al viento
en busca de pájaros.

Pero no sucumbe la muy necia
en esto de defender
con uñas y con dientes
su derecho a la hiel y a la tristeza.



Los trabajos del mar

I

EN LA MUDEZ DEL VIENTO
a veces cuelgan palomas
los trabajos del mar.

II

El mar de los días anida
su batahola de sueños
bajo la piel de la tarde.

III

En compases de silencio
afinan un canto grave
poéticas encontradas.

IV

En las relojerías del aire
el ser y el estar del tiempo
son sortilegio de magia.

V

Por eso sucede así:
que un nocturno violeta
sea nido de luz del mar.

VI

En la mudez del viento
mecen melancolías de adiós
los trabajos del mar.



El reino de este mundo

EN UNA NOCHE DE BOHEMIA
Dios perdió
jugando a los dados
la camisa,
los encajes de seda
de la estrella del Oriente,
el molde de fraguar
el orto y el ocaso de cada día,
la última semilla
del Árbol del Paraíso,
una esquina averiada del mundo
y la espada en tinieblas
de salvaguardar el último oxígeno
del agua de la vida.

Lo que salvó el resto del patrimonio,
amenazado de pérdida
en escalas ilógicas de sueño,
fue el canto del gallo
y unos pájaros tras la puerta
alegando un vacío de orden,
una ausencia de mando en el reino de este mundo.



Bajo las nubes

PARA QUE NO TE DAÑE
el rayo ultravioleta la piel,
ni el infrarrojo ponga
sus ardientes colmillos en tu espalda.

Para que las degradaciones y los óxidos
despertados verticalmente
al influjo de los hoyos de la capa de ozono,
no lastimen tu corazón,
no se cuelguen de tus besos.

Para que los derrumbes de la palabra tiempo
no lesionen tus melancolías de arena,

no castiguen tus cromosomas,
no limiten tu capacidad de amar,
no atenten contra tus ganglios.

Colocaré sándalos que neutralicen
la gran bóveda gris,
marquesinas bajo el rayo de sol que te toca,
celosías puras y trémulas
para que los óxidos marinos te respeten,
microchips de un material desconocido
para que las lenguas del desastre no te detecten
ni violenten tu aroma.



No hay paraíso

AQUÍ TE NOMBRO

en este alfabeto de cantera cenicienta,
desde este asiento que no sabe de horas.

Aquí te nombro

piedra del viaje pulida por el tiempo,
selva dormida en las garras de la bestia,
viscosidad amarga del tálamo desecho,
senda de andar a pie en las flemas del polhumo,
maquinaria pesada en jardines de niebla,
obsolescencia —negra o gris— del plástico,
peca de aceite en el rimel de la modernidad,
necia espiral de estruendo en el asfalto,

viento manchado en lucha contra el viento,
engrasado suspiro de una ciudad vertical,
escritura que no sabe las frondas del eco.

Con un pesar de transparencia en ruinas
por lo que ya no está
y pensamos que duraba.

De pie te grito
en esta voz que organiza
las últimas pertenencias de los elementos
y reúne cuentas de sol y agua,
materias vegetales marchitas,
besos para la fauna solar,
jardinerías, animales dispersos,
para que algo quede
si a lomo de verdor la vida falta.

Memoria a la deriva

Pero esta noche el capitán, borracho
De ron y de silencios,
Me deja la memoria a la deriva.

Gilberto Owen



Interludio de paz por los amantes

Para Elizabeth, para Brando,
más allá del tiempo.

LOS AMANTES SON SERES QUE VIENEN DE OTRA PARTE
ebrios de noche y distancia
especialistas en buscar lo imposible

Los verdaderos amantes
son los locos cuerdos de esta historia

Se ocultan tras la luz que los vuelve invisibles
hacen de la noche día con la linterna del corazón
succionan la humedad del universo en cada aurora
se van a otra parte desde la fuerza de su amor
eufóricos y dichosos como golondrinas salvajes

Con palabra y silencio alimentan
una mirada que todo lo devora
bajo las sábanas frescas del deseo

No comprenden que el amor
—el que forjó la soledad irrevocable de sí mismos—
hizo en ellos el experimento jamás logrado:
un lenguaje que dijera todo en las llamas de la
caricia

Una sola gota de miel apaga su locura
y lleva plenitud a su alma

En el sueño
—tan sueño para un solo ser—
atesoran, los amantes, una poética del otro
escrita en compases de adiós y salmodias de luna
para que la música de los sentidos
sea un betabel de cola larga por si las dudas

Los amantes nacen crecen
se reproducen y nunca mueren
porque el amor es la coartada perfecta
para asegurar la perpetuidad de la sangre

Los amantes, errantes ostras de silencio
son seres distintos bajo el encierro del mundo

alguien que se saca los ojos y tiembla
para reconocerse afín en los pasos del otro

Los buenos amantes son cosa juzgada

En los desvelos de la memoria
permanecen más allá del bien y el mal
perfectos de humedad y silencio

No hay amante que resista
la acidez inevitable del mundo y sus juegos de fantasmas

Los amantes, los verdaderos amantes
urden el total abandono de sí mismos
en la plenitud estratégica del otro
sin mirada triste ni buqué de vino tinto

Los amantes, los verdaderos amantes
oscura hiel de ser la herida de otra voz
precipicio de luz en los naufragios del ojo
sombra apolínea en la sangre de los locos
llevan en sus pisadas la flor de incendio
de los placeres silenciosos de la carne



Poetas que vienen del mar

I

LOS POETAS QUE VIENEN DEL MAR
caminan bajo protesta entre nosotros,
sin afilado entusiasmo de urbanistas,
con desazón por la distancia y las langostas.

Son huraños a las úlceras de la ciudad,
sin la impaciencia gris y burocrática
verificable en el filtro de las horas.

No conciben la humana inclinación
y el gusto por los materiales pétreos

en la cuesta solar del mediodía;
traen el brío sustancial de las ostras
bajo el grito sexual de la carne;
en la tarde de muslos tiernos
se aparean de espaldas a la noche;
sueñan con caracolas mientras duermen
por si el mundo clausura su afán
y decreta el fin a la mañana siguiente.

Estos poetas no confunden las cosas:
traen palabras de mar y tierra y viento
para no andar a oscuras con sus muertos.
Usan un cuaderno de notas a modo de brújula,
conducen nidos de gaviotas en la espalda,
hacen saltar peces en la página en blanco
nada más por derecho de nostalgia.

Traen el iris de un sol condensado
en el brillo sin par de las pupilas;
saben exagerar la tibieza de los verbos
para conjurar el frío en la hora del alba;
son decididamente perezosos
hasta la luz a cuestras del crepúsculo;
alean territorios celestes en los ojos
mientras juegan a encantar fantasmas;
llevan la costa en cada vaso sanguíneo
por fijar un punto cero a la distancia;

en la marea oscura del corazón forjan
la capitanía del viento sin amarras;
rasgan —cuando hablan— el modismo
categórico de un acento de ciudad.

Si una nube les mancha el ojo
no forcejean con Dios,
no tiemblan de miedo espiritual.

II

Los poetas que vienen del mar
trazan mapas a la luz de la luna
en busca de un sol nocturno
con lentejuelas de ónix en las venas del agua.

Los poetas marinos cantan
la fuerza anónima del mar en cada ola...
el extraño silencio que atesoran
las horas ocres y frágiles que pasan;
el poderío del aire en movimiento
mientras forja los cambios sustanciales
en la quietud oscura de las cosas;
la luz del día sin fronteras
de vuelta a casa en estupor de oscuridad;
las batallas del óxido en la sombra

sin llanto ni protesta de palomas;
los bastiones de ternura
en la hora mansa del litoral dormido
repujados de espuma en la barcarola;
la sombra que la luz
en ocultos anillos de tiempo proyecta sobre el
mundo;
la sonata del mar picado,
la musiquilla pertinaz frente al oído
tallando en lo invisible la belleza de la roca;
buscando
 sólo buscando
cosas de humanos que les dicta el viento,
indicios de que una vez más estamos vivos
con el prójimo cerca y voces aéreas
en la ruta de las frondas del eco.

III

Los poetas que vienen del mar
son el silogismo triste del asfalto,
la alérgica repulsa de la ciudad
en la grávida carga de sus pasos.

No tienen tiempo ni ganas
para esta parafernalia del ruido

y sus curvas altas,
ni la fe suficiente del hombre ciudadano
en el aplomo gris de sus pisadas.

Los poetas marinos aman
cosas sagradas como la abierta inmensidad,
los grafitis del viento
en la pleamar silenciosa del ojo,
las aves de colores
en el instante en que están riendo,
la turgencia de una mujer
estilizada en picos de agua,
la definitiva sencillez proverbial de los cangrejos
puesta en arenas de un largo mar de tiempo.

Los poetas de mar extrañan
con otro aire y calcetines puestos,
la silenciosa paz interrogante de un paisaje,
la lentitud marina de los carros de fuego del crepúsculo,
la alfaguara de besos de su siguiente viaje.

Los poetas que vienen del mar
pasan revista a un sol nocturno
para blindar su canto a la oscuridad;
le fijan ruta a una mujer de senos breves
en los ojos de la pasión
para entibiar su propia soledad;

preparan los puñales del insomnio
en busca de lo que habita la palabra;
con vino frugal apagan
los llamados urgentes de la melancolía
y preparan la destrucción de la ciudad a gritos,
mientras colocan aspas de adiós
en los sitios donde el viento pasa.
Si la añoranza del mar les sorprende
de pie sobre el semáforo gris del concreto,
se exilian estratégicamente,
cierran los ojos a la ausencia,
huyen a esconderse.



[Índice]

13 **Adiós a la ciudad**

- 15 Autorretrato
- 19 Ciudad de cuatro vientos
- 21 Ciudad bajo la niebla
- 23 Adiós a la ciudad
- 25 Así vivimos
- 27 Así morimos

29 **Litoral de sueños**

- 31 Condición de mar
- 33 Luz sobre luz
- 35 Acuarelas
- 36 Algoritmo con mar
- 38 Mulata
- 39 Mar abierto



41 **El mar sin alas es perfecto**

43 Ciudad vertical

44 Los trabajos del mar

46 El reino de este mundo

48 Bajo las nubes

50 No hay paraíso

53 **Memoria a la deriva**

55 Interludio de paz por los amantes

58 Poetas que vienen del mar

Hora Temprana



de Leopoldo González, se terminó de imprimir el veintisiete de septiembre de 2017 en el Departamento de Impresiones del Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, Calz. de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios, C.P. 53400 Naucalpan de Juárez, Estado de México. La impresión es digital y se realizó sobre papel bond de 90 grs. y papel couché de 130 grs. para los forros. La familia tipográfica que se utilizó es Trinité 1. El cuidado de la edición estuvo a cargo del editor y el autor. El tiraje consta de 200 ejemplares.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers
Rector
Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General
Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo
Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional
Dra. Mónica González Contró
Abogada General
Dr. César Iván Astudillo Reyes
Secretario de Servicios a la Comunidad
Renato Dávalos López
Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera
Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
Director
Mtro. Ciro Plata Monroy
Secretario General
Biol. Rosa María García Estrada
Secretaria Académica
Mtro. Keshava Quintanar Cano
Secretario Administrativo
Dr. Joel Hernández Otañez
Secretaria Docente
Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz
Secretaria de Servicios Estudiantiles
Ing. Víctor Manuel Fabian Farías
Secretario Técnico del Siladin
Lic. Fernando Velázquez Gallo
Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje
C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez
Secretaria de Administración Escolar
Lic. Rebeca Rosado Rostro
Jefa de la Unidad de Planeación
Mtro. Édgar Roberto Mena López
Jefe del Depto. de Impresiones

En *Hora temprana* Leopoldo González decide escribir en soledad sobre el mar y la playa del mundo, pues, como a Gilberto Owen, el ebrio capitán de la existencia lo ha dejado a la deriva. Escribir —dice con vehemencia Marguerite Duras— es una experiencia que sólo se gesta en soledad. En este conjunto de poemas de exquisita sonoridad marina, el poeta se vuelve uno con la playa-mundo, convierte el asombro de ser en asombro de vivir, viaja hacia las preguntas poéticas fundamentales en busca del otro que habita la palabra, se detiene sin prisa frente al mar de aquí y de siempre y, al fin, cuando decide instalarse con todo y equipaje en su propia soledad, descubre que sólo la escritura lo salva.

Leopoldo González es un poeta —en el sentido que menciona Aristóteles en su *Poética*— que a través de sus imágenes “percibe las semejanzas entre todas las cosas” y le imprime al ritmo de sus poemas “el compás de su ser”. Recorre cada poema un rumor de ciudad ya ido y despliega la singular biología verbal de los seres y las cosas del mar, con la frescura y osadía de quien se dispone a una refundación del mundo propio y el ajeno. El poeta no destruye nada, pero todo lo recrea a partir de las ruinas de lo nombrado y lo recién descubierto en el lenguaje. La clave de las sinfonías de sal que comparte con otros poetas, lo vuelve hilo conductor de una tradición que ha hecho del mar infancia, hiel de preguntas de infinito, gozo de los sentidos, escritura de agua, horizonte de vida, destino.

Desde su fondo luminoso, *Hora temprana* es una celebración y una reivindicación de los poderes del agua —dadora de vida y portadora de algunos de los elementos del sueño— pues debemos hacer de este mundo no el lugar que no existe, la utopía, sino un buen lugar: una eutopía. El autor, un poeta al mismo tiempo trágico y sublime, sensible a la tempestad cósmica, comparte en estos textos una esperanza de gaviota.

ROSARIO HERRERA GUIDO

